



CAFE GIJON

Francisco de Inza, arquitecto.

Carlos Arniches hizo, hace bastantes años, la primera reforma de este Café. Lugar bien conocido de artistas literatos, políticos y gentes de muy diversas profesiones. A partir de la reforma de Arniches, el ambiente del Gijón; su aire y su solera tomaron cuerpo a través del tiempo. Los habituales lo veían "así". Les gustaba "así". Para muchos era una prolongación de su casa. Era un lugar con aquella casi impalpable y misteriosa mezcla de muchas cosas y gentes distintas; que—por el paso de los años y de los hechos—se convierte en algo unitario. Como intocable.

Arniches lo hizo muy bien, y esto que digo es la prueba de que lo hizo muy bien. Tenía la suficiente libertad de mano y de pensamiento como para pasar suavemente por encima de muchas recetas y modismos para situarse—con un fenomenal sentido común—en una posición sencilla y duradera. Arniches era inteligente. Arniches era un estupendo arquitecto. Así que cuando me encargaron el pasado año una reforma, decidieron no tocar a penas su obra; únicamente "lavarle la cara" al salón. Le pusimos un solado nuevo—del mismo color que el viejo—, tapizamos los divanes y las sillas de terciopelo colorado, pusimos unos globos blancos, como han tenido siempre los bu-

nos cafés europeos, quitamos unas "venecianas" viejas y colocamos también cortinas de terciopelo en las ventanas.

De modo que, en la planta de arriba, lo único que se hizo fué esa mínima y necesaria labor de conservación que los edificios, al igual que los automóviles, requieren. En el interior se arreglaron las cocinas, aseos y almacenes. Se puso también aire acondicionado.

Existía debajo del salón un sótano cuya finalidad era almacenar las sillas de la terraza. Allí me propuse hacer un restaurante; se trataba de una bóveda de cañón, por tizones de ladrillo, que recorría toda la fachada con una longitud casi igual que la del salón, y otras dos habitaciones con forjado de techo.

Se abrió una escalera bastante amplia al salón para dar acceso al restaurante.

Si algún interés puede tener la obra nueva realizada es algo tan desprestigiado entre los periodistas como el "revestimiento".

Me propuse simplemente emplear un solo material en toda la obra externa. La elección del material me la proporcionó la obra antigua, así que decidí el mismo material que Arniches: el roble en tarima.

Así que "forramos" todo el local de tarima de roble de 8 metros de tabla y 18 y 26 mi-

límetros de canto. Mi amigo Antonio Armero, ebanista, y mi otro amigo del mismo oficio Pepe Puertomarín realizaron una labor verdaderamente única, con su equipo.

Me pareció desde el principio que la luz de colocación y la ejecución material eran dos bases fundamentales de la obra. (Proyecto, prácticamente no existe), así que con objeto de conseguir no sólo unidad de material, sino continuidad absoluta del mismo, le colocamos según una regla que se cumple siempre, excepto en tres o cuatro puntos en los que se produce alguna anomalía. La regla es más o menos ésta: una testa con una testa o una veta con una testa. Nunca más de una.

Como la primitiva forma del local, la escalera de nuevo trazado, la barra del bar y, en fin, muchos otros elementos, producían planos, superficies curvas y encuentros complicados, han surgido numerosos problemas que se han tratado de resolver de acuerdo con la regla prevista.

El trabajo ha sido bastante grande y se ha hecho a pie de obra.

Las esquinas y encuentros del muro y suelo se han resuelto en curva, con rodillos de roble también.

La colaboración de la propiedad ha sido de gran provecho.



